



Rafael de la Fuente,
profesor invitado de
la Universidad de
Cornell.

Hoteles en la memoria: The Waldorf-Astoria, Nueva York

No fue la primera vez que mi buen amigo Malcolm D. Williams me había recomendado un hotel. Y como siempre, había valido la pena. Al fin y al cabo él era el vicepresidente ejecutivo de Robert F. Warner Inc, la primera empresa de representación de grandes hoteles en Estados Unidos. Malcolm me aconsejó alojarme en el Waldorf-Astoria por dos motivos. El Waldorf, junto con el Pierre y el Plaza, era ya un clásico. Una asignatura obligatoria para cualquier hotelero. Historia viva de lo que era un gran hotel en la ciudad más vibrante del mundo: Nueva York. Y además el hotel estaba a sólo dos manzanas de las oficinas de Warner en el Rockefeller Center. Y en aquel lejano 1974 eso era una gran facilidad para mi trabajo. Estábamos preparando una campaña de lanzamiento en el lucrativo mercado norteamericano para el hotel que yo dirigía entonces en Marbella, Los Monteros.

Fue una excelente idea. Y con alguna excepción, y siempre por motivos logísticos, ya nunca dejé de ser un huésped y un amigo del Waldorf-Astoria. Quizás por

eso me resisto hoy a escribir el nombre del venerable hotel en su versión actual: The Waldorf=Astoria. Con guión doble desde 2003. Me parece tan chocante como si en el Louvre a la Venus de Milo le pusieran un "piercing". Las viejas lealtades son así. De la A a la Z. Y no en vano el guión en solitario ("hyphen" en inglés) del Waldorf había dado desde 1931 una señal de identidad al magnífico edificio "art deco" en el 301 de Park Avenue, entre las calles 49 y 50. Como aquella famosa canción que inspiró el Waldorf: 'Meet me at the Hyphen'. Nos encontraremos en el Guión. (Según don Manuel Seco, signo ortográfico en forma de raya horizontal corta).

Y además Nueva York tuvo un Waldorf-Astoria anterior. También con un solitario guión. El original se construyó en la Quinta Avenida. En 1893. En el lugar donde hoy se levanta el Empire State Building. Bueno, en realidad los comienzos fueron bastante complicados. El primer Waldorf fue la unión en un solo edificio de dos hoteles. Ambos nacieron como los proyectos de dos miembros no muy bien avenidos de una de las más poderosas familias de la aristocracia americana del gran di-



Uno de los salones con los que cuenta el Waldorf-Astoria, hotel de 2.000 habitaciones con equipamientos impresionantes.

nero. La familia Astor, herederos de un gigante norteamericano de las finanzas: John Jacob Astor. El primero, el Hotel Waldorf, fue iniciativa de William Waldorf Astor. Éste quiso que el establecimiento llevara su nombre de pila, Waldorf, el pueblecito alemán donde había nacido el fundador de la dinastía. El otro hotel era el Astoria, propiedad de un primo de William Waldorf Astor. Después de duras y prolongadas batallas familiares, los primos decidieron firmar la paz y dejar que el gran arquitecto Henry J. Hardenbergh, autor también del edificio del Hotel Plaza en Central Park, uniera los dos hoteles. La combinación final hizo que el Waldorf-Astoria se convirtiera a principios del siglo XX en el hotel más grande del mundo.

La propiedad del hotel pasó a otro gran financiero, George C. Boldt. Su mujer, Louise, quiso que el hotel se convirtiera en el centro absoluto de la más refinada vida social de la ciudad. Más o menos como Cesar Ritz había hecho en Londres con el Savoy o en la Place Vendôme, en París, en el hotel que llevaría para siempre su nombre. Además la señora Boldt decidió que en el Waldorf las mujeres tuvieran la posibilidad de alojarse cuando ellas lo quisieran, solas o en compañía de otra dama. Hasta entonces, la presencia de una señora sin la compañía de un hombre en un gran hotel era algo socialmente impensable.

Cuando el primer Waldorf-Astoria deja su emplazamiento en la Quinta Avenida para dejar paso a la construcción del que sería entonces el edificio más alto del mundo, el Empire State Building, todo lo que simbolizaba el espíritu del viejo hotel vuelve a abrir sus puertas en 1931 a lo más granado de la sociedad norteamericana y a visitantes distinguidos del extranjero.

Arquitectónica y estéticamente el nuevo Waldorf fue un éxito inmediato. La torre de 47 pisos, la fachada 'art deco' revestida en piedra caliza se levantaban sobre uno de los solares más deseables de Nueva York. A unos metros del New York Central Building, en lo mejor de Park Avenue. La noticia de que el hotel tenía un apeadero privado subterráneo unido a las líneas del ferrocarril de la Grand Central Station, circuló entre los 'blue bloods' de Estados Unidos como un reguero de pólvora. Al fin y al cabo, muchos de ellos viajaban en tren en sus vagones privados, aislados por un lujo sin complejos del resto del país, ya atrapado por la gran recesión económica de los años treinta.

Recuerdo dos momentos en mi primer día en el Waldorf: Las dimensiones impresionantes del hall de entrada, atenuadas por los tonos azul intenso predominantes como fondo del famoso reloj dorado del 'Central Lobby'. Toda la actividad del gran salón giraba alrededor del gigantesco reloj. Obra de los maestros relojeros de Londres, la Goldsmith Company, había sido creada originalmente para la Exposición Universal del 1893 en Chicago. Pesaba más de dos toneladas. Alrededor de la

Aún recuerdo las dimensiones impresionantes del hall, atenuadas por los tonos azul intenso



Fachada exterior del Waldorf-Astoria, situado en lo mejor de Park Avenue en Nueva York.

base, las efigies de la soberana británica, la Reina Victoria, y de siete presidentes estadounidenses, nos contemplaban. Como la estatua de la libertad y el águila que coronaban la parte superior del gigantesco cronómetro, todos daban la impresión de encontrarse a gusto en aquel salón donde gente del mundo entero se cruzaba alrededor del símbolo totémico de un maravilloso gran hotel y de una época que se resistía a ser considerada una nota a pie de página de la historia.

Y el otro momento inolvidable de aquel día. Una llamada al Waldorf de mi amigo y emérito catador de hoteles, Malcolm D. Williams, había producido unos efectos espectaculares. Una más que distinguida dama, miembro del equipo de dirección del Waldorf (y cuando una norteamericana nace elegante, ésta se queda sin competencia) me dio la bienvenida al hotel con todos los inmerecidos honores. Como era casi la hora de cenar, me invitó a un refresco. Una botella de Dom Pérignon, de una añada que no me podía creer, fue traída a la champanera



Imagen de uno de los tres grandes restaurantes que alberga el prestigioso hotel neoyorquino.

(¿de Christofle, orfèvre à Paris?). Nos encontrábamos en un salón que llevaba el nombre de un gran rey de los persas: Shah Abbas. Objetos de arte de gran valor y decoración en consonancia. Y una vez servida la bebida, el milagro de un caviar iraní, con los destellos entre oro viejo y gris más perfectos que el dinero puede comprar, como diría un buen neoyorquino.

Obviamente ese momento tuvo lugar a mediados de los años setenta. Todavía reinaba en Persia (o Irán) el Shah Mohammad Reza Pahlavi, amigo a toda prueba de Occidente y los Estados Unidos. A partir de 1979 y la revolución de los 'ayatolás' nadie en el Waldorf parecía recordar que Shah Abbas el Grande había prestado su nombre y su gloria a aquel lugar mágico.

Malcolm D. Williams con sus buenos oficios me había conseguido una habitación en la Torre -The Waldorf Towers- donde Cole Porter tenía su apartamento y uno de sus pianos. No en vano compuso allí en 1934 una de sus canciones más famosas 'You're the Top' (Eres lo más grande). "You're the top, you're a Waldorf salad..." La mundialmente famosa ensalada Waldorf, a base de nueces, manzana, apios y aliños guardados como un secreto. Por cierto, la ensalada fue la creación de uno de los

grandes mitos de la historia de los hoteles con mayúscula: Oscar Tschirky, "Oscar of the Waldorf", el maître más admirado de los Estados Unidos.

Las ventajas de vivir en la Torre eran obvias. Entrada independiente y las ventajas de un hotel pequeño en cuanto a las escalas. Alguien me comentó que un conocido financiero durante la Gran Depresión utilizó sus últimos dólares para reservar la Suite Presidencial en la

planta 35 y lanzarse desde allí al asfalto de la calle. Probablemente la historia no tenía base real. Pero como icono era perfecta.

Con su decoración de inspiración Art Nouveau, en los salones y hasta en las puertas de los ascensores, tres grandes restaurantes y

todas las instalaciones y equipamientos imaginables en un gran hotel de 2.000 habitaciones, el hotel sigue siendo una joya. Y como tal lo adquirió Conrad Hilton en 1947. Y sus sucesores en la cadena se preparan para abrir nuevos hoteles con el nombre del glorioso establecimiento en Chicago, en Beverly Hills o en Disney World en Florida. Mi único temor es que quieran seguir manteniendo el guión doble, que tiene la frialdad de una fórmula matemática en algo de magias intangibles como sólo lo puede ser un verdadero gran hotel. ■

Con su decoración 'art nouveau', restaurantes y todas sus instalaciones, el hotel sigue siendo una joya